

había arrastrar por la corriente, trabajando únicamente lo necesario para ganar de comer, contentándose con frutas, legumbres, pastas de sopa, desperdicios de carnero, y aceptando esto sin rebelión, sin ambición para el porvenir, no teniendo más quebradero de cabeza en esa vida tan precaria, que el vivir al día.

Los dos únicos vicios eran los vinos blancos y tintos de los Castillos Romanos, vinos de disputa y de asesinato, que los días de fiesta, al salir de las tabernas, hacen que queden sembradas las calles de hombres con el estertor de la agonía y la piel acribillada á puñaladas.

Las muchachas no suelen entregarse al desorden, y son muy contadas las que cometen una falta antes de casarse.

Esto se debía á que la familia estaba muy unida y estrechamente sometida á la autoridad absoluta del padre. Los hermanos mismos velaban por la honradez de las hermanas, lo mismo que Tito, tan duro con su hermana Pierina, celándolas con cuidado extremado, no por un mal pensamiento de celos inconfesables, sino por el buen nombre de la familia, por su honor.

Y esto sin una religión real en medio de la más infantil idolatría; todos los corazones inclinándose á la *Madona* y á los santos, los únicos que existían, los únicos que imploraban fuera de Dios, en quien nadie pensaba.

Desde luego el estancamiento de ese pueblo bajo, se explicaba fácilmente. Detrás de todo aquello, había una porción de siglos durante los cuales se había alentado su pereza, halagando su vanidad y entregado á una muelle existencia consentida.

Cuando no eran albañiles, carpinteros ó panaderos, eran criados y servían al clero á sueldo, más ó menos directamente del papado.

De ahí dos partidos claramente indicados; los antiguos carbonarios convertidos más tarde en mazzinianos y garibaldinos, los más numerosos quizás, lo más escogido y selecto del *Transtibere*, y al otro lado, los clientes del Vaticano, los que vivían de la Iglesia, de cerca ó de lejos, y que echaban de menos al papa rey.

Pero, de una y otra parte, todo ello permanecía en estado de opinión, de la que se hablaba, sin que jamás se les

ocurriese la idea de hacer un esfuerzo, ó de correr un riesgo probando la suerte. Habría sido necesaria una brusca pasión que barriese la sólida razón de la raza, y arrojadolos á cometer cualquier acto de demencia. ¿A qué?

¡La miseria era ya de tantos siglos, el cielo estaba tan azul y la siesta era tan agradable á las horas de calor! Parecía comprobado tan sólo un hecho; el fondo de patriotismo, la mayoría segura de los que querían á Roma por capital, aquella gloria reconquistada hasta el extremo de que faltó muy poco para que no estallase una revuelta en la ciudad Leonina, cuando circuló el rumor de que se había llegado á un acuerdo entre el papa é Italia, teniendo por base el restablecimiento del poder temporal en dicha ciudad.

Si la miseria había, al parecer, aumentado, si el obrero romano se quejaba más, era porque realmente no había ganado nada con los trabajos grandiosos que durante quince años se habían estado ejecutando en Roma. Ante todo, una masa de cuarenta mil obreros invadió su ciudad, obreros en su mayor parte procedentes del Norte, que trabajaban á un precio muy bajo, y eran más animosos y resistentes.

Cuando el obrero romano tuvo su parte en el trabajo, vivió mejor y no ahorró nunca nada, de manera que, cuando al producirse la crisis y tuvieron que repartirse los cuarenta mil obreros de las provincias, se encontró otra vez como antes, en una ciudad muerta en la que se cerraban los talleres y sin abrigar la esperanza de hallar trabajo en mucho tiempo.

Y así volvió á su antigua indolencia, satisfecho en el fondo de que el trabajo no le molestase mucho y haciendo de nuevo la mejor vida posible con su antigua compañera la miseria, sin un céntimo y viviendo á lo gran señor sin trabajar.

A Pedro, lo que más le llamó la atención, fué los caracteres diferentes de la miseria en París y en Roma. Indudablemente en la última, la desnudez, el abandono, era más absoluto, el alimento más inmundado y la suciedad más repugnante, ¿por qué, pues, aquellos hombres pobres conservaban una alegría real y vivían con más felicidad?

Cuando evocaba el recuerdo de un invierno de París, los zaquizamás que tanto había visitado, en los que entraba la nieve y el agua y en que tiritaban de frío familias enteras sin fuego y sin pan, sentía su corazón oprimido por una compasión que no experimentó tan viva y tan intensa en los Prados de Santángelo. Y al fin lo comprendió; la miseria en Roma, era una miseria que no tenía frío.

¡Oh! Sí, qué dulce y eterno consuelo era el de aquel sol siempre claro, el de un cielo bienhechor que jamás veía empañado su azul, por bondad hacia los miserables! ¿Qué importaba lo abominable de la habitación, si se podía dormir fuera, acariciados por el tibio viento? ¿Qué importaba hasta el hambre, si la familia esperaba la limosna de la casualidad en las calles soleadas y encima de la seca hierba?

El clima hacía que se fuese sobrio y que no se experimentase la necesidad del alcohol ni de las carnes negras, para hacer frente á las nieblas y al frío.

Refase la divina holgazanería en los días de dorado sol, la pobreza convertíase en un goce libre en medio de aquel aire delicioso, en el que dijérase bastaba á la criatura la alegría de vivir.

En Nápoles, según contaba Narciso, en los barrios del puerto y en los de Santa Lucía en calles estrechas nau-seabundas, cubiertas de ropas puestas á secar, la vida entera pasábala el pueblo fuera de su casa.

Las mujeres y los chiquillos que no estaban abajo en la calle, vivían en los ligeros balcones de madera colgados de todas las ventanas.

Se cosía y se cantaba allí y también se lavaban allí; pero era en la calle sobre todo, en donde se pasaban la vida, pues convertíanla en sala común, hombres que salían acabándose de poner los pantalones, mujeres medio desnudas que despiojaban á sus hijos y que ellas mismas se peinaban, un populacho de hambrientos que en todas partes encontraba la mesa puesta.

En mesitas, en carricoches, había un continuo mercado de comidas hechas que se despachaban á un precio muy bajo, granadas ó frutas, demasiado maduras, desechos, ma-

carrones cocidos, legumbres hervidas, pescado frito, almejas, toda la cocina constantemente preparada entre la muchedumbre que comía allí al aire libre y sin tener nunca que encender lumbre.

¡Y qué multitud más bulliciosa; las madres siempre chillando, gesticulando, los padres sentados en fila á lo largo de las aceras, los hijos cansándose correteando sin cesar y todo esto en medio del frenesí, del barullo, de gritos, de canciones, de música y de la más extraordinaria é inconcebible de las indiferencias!

Roncas voces estallaban con alegres dicharachos y carcajadas; caras morenas, no hermosas, estaban dotadas de unos ojos admirables en los que centelleaba la alegría de vivir bajo aquellas cabelleras enmarañadas y de color de la tinta.

¡Ah! ¡Pobre pueblo tan alegre, tan bueno é ignorante que toda su ambición se reducía á tener los pocos céntimos que necesitaba para satisfacer con cualquier cosa su hambre en aquella feria perpetua!

Era cierto; jamás democracia alguna tuvo menos conciencia de sí misma. Puesto que, según decían, echaban de menos la antigua monarquía, bajo la cual sus derechos á esa vida de desnuda pobreza parecía que estaban más asegurados, preguntábase uno si era necesario incomodarse por ellos y conquistarles á pesar suyo, con más ciencia y más conciencia, más bienestar y más dignidad.

Infinita tristeza apoderóse del corazón de Pedro en presencia de la alegría de aquellos muertos de hambre, dominados por la embriaguez y el engaño de la luz del sol.

Y era indudablemente el hermoso cielo el que hacía que ese pueblo fuese tan infantil, de una infancia tan prolongada; así se explicaba que esa democracia no se desesperase más pronto.

Sin duda, tanto en Roma como en Nápoles, sufrían careciendo de todo; pero no conservaban en su memoria el rencoroso recuerdo de los días atroces de invierno; el rencor de haber estado dando diente con diente de frío, mientras que los ricos se calentaban ante los grandes fuegos de sus chimeneas; no sabían lo que eran las furiosas meditaciones hechas en esos chiscones en que entra el agua y la

nieve ante el escaso fuego que va á apagarse; la necesidad que entonces se sentía de hacerse justicia, el deber de la rebelión para salvar á la mujer y á los hijos de la tisis para lograr que tenga un nido caliente y en el que sea posible la existencia.

¡Ah! Esa miseria que tiene frío es el colmo, el exceso de la injusticia social, la escuela más terrible en que el pobre aprende á conocer su sufrimiento, y es cuando se indigna y jura hacerla cesar aunque para ello tenga que hacer saltar al caduco mundo.

Y Pedro halló también, bajo ese cálido sol y dulzura del cielo, la explicación de San Francisco, el divino mendigo de amor, vagando por los caminos, celebrando el encanto delicioso de la pobreza.

Era, sin duda, un revolucionario inconsciente, que, á su manera, protestaba del lujo desbordante de la corte romana, con su retorno al amor de los humildes, de los míseros, á la sencillez de la Iglesia primitiva.

Nunca, empero, habríase producido semejante desperfecto de la inocencia y de la sobriedad en un país del Norte, en que los vientos de Diciembre hielan.

Se necesitaba el encanto de la Naturaleza, la frugalidad de un pueblo que se nutre con el sol y la mendicidad bendecida por aquellos caminos caldeados siempre por el astro.

Así era como debía haber llegado hasta aquel olvido completo de sí mismo.

La pregunta parecía al principio embarazosa, ¿cómo un San Francisco había podido nacer antaño, con el alma tan llena de ardiente fraternidad, comulgando con personas, bestias y cosas en aquella tierra, hoy tan poco caritativa, dura con los pequeños, despreciadora del pueblo bajo y que ni siquiera hacía limosna á su papa?

¿Era que el orgullo antiguo había secado los corazones ó bien que la experiencia de pueblos muy antiguos la impulsaba á un egoísmo final, para que Italia pareciese haber atrofiado el alma en su catolicismo dogmático y pomposo, mientras que el retorno al ideal evangélico, la pasión de los humildes y de los que sufren, se revelaba en nuestros días en las dolorosas llanuras del Septentrión, entre los pueblos privados del sol?

Era todo esto y además, sobre todo, que San Francisco cuando se unió alegremente á su amante la Pobreza, pudo en seguida pasearla con los pies desnudos y vestida apenas, durante aquellas primaveras espléndidas y á través de aquellas poblaciones á las que inflamaba con ardiente necesidad de compasión y de amor.

Sin dejar de hablar, llegaron Pedro y Narciso á la plaza de San Pedro, en donde se sentaron á la puerta del restaurant, en el que habían almorzado antes otro día, ante una de las mesitas que estaban colocadas á lo largo de la acera y cubiertas con un mantel de dudosa blancura; pero, en cambio, la vista que desde allí se disfrutaba era realmente soberbia, con la basílica enfrente, el Vaticano á la derecha, encima del desenvolvimiento majestuoso de la columnata.

La mirada de Pedro se fijó en seguida otra vez en ese Vaticano, cuyo recuerdo no se apartaba de su memoria; aquel segundo piso con sus ventanas siempre cerradas, en donde habitaba el papa y en donde nunca se presentaba nada viviente.

Cuando el camarero empezó su servicio llevando los entremeses, anchoas y aceitunas, lanzó el presbítero una ligera exclamación para llamar la atención á Narciso.

—¡Ah! ¡Mirad, amigo mío! Ahí en aquella ventana, en la que me dijeron era la del papa, ¿no véis una figura en pie é inmóvil?

El agregado se echó á reír.

—¡Y qué! Debe ser el papa en persona. Como tenéis tantos deseos de verle, le estáis evocando á cada momento.

—Os aseguro,—repitió Pedro,—que allí detrás de los cristales hay una figura blanca que mira. Narciso, que tenía mucho apetito, siguió comiendo y bromeando, y de pronto dijo bruscamente:

—Entonces, amigo mío, puesto que el papa nos está mirando, es esta la ocasión de que nos ocupemos de él. Os prometí contaros de qué manera engulló los millones del patrimonio de San Pedro en esa horrenda catástrofe financiera, cuyas ruinas acabáis de ver, y una visita al barrio nuevo de los Prados del Castillo no sería cosa completa,

Roma—Tomo 1—22

si no la acompañase esa historia, que es, en cierto modo, la que debe servirla de epílogo.

Sin perder bocado, habló mucho. Al morir Pío IX, el patrimonio de San Pedro tenía un caudal que excedía de veinte millones.

Durante largo tiempo, el cardenal Antonelli, que especulaba y hacía muy buenos negocios, dejó parte de ese dinero en casa de Rothschild y parte en manos de diferentes nuncios, á los que encargaba lo hiciesen producir en el extranjero.

Pero á la muerte del cardenal Antonelli, el que le reemplazó, el cardenal Simeoni, envió á buscar el dinero que estaba en poder de los nuncios para colocarlo en Roma.

Fué por entonces, cuando á su advenimiento al solio pontificio León XIII, nombró una comisión de cardenales encargados de administrar ese patrimonio, y de esa comisión fué el secretario monseñor Folchi.

Este prelado, que durante doce años representó un papel muy importante, era hijo de un empleado de la Dataría, que le dejó un millón de herencia, ganado en hábiles especulaciones.

Muy hábil también, y habiendo heredado el talento de su padre, se reveló como hacendista de primer orden, de manera que la comisión le fué abandonando poco á poco el trabajo y poderes, dejándole obrar por completo á su antojo y limitándose á aprobar la memoria ó resumen que presentaba en todas las sesiones.

El patrimonio no producía apenas más que un millón, y como el presupuesto de gastos era de siete millones, se necesitaba encontrar los otros seis. Del dinero de San Pedro, el papa le daba anualmente tres millones á monseñor Folchi, el que, durante los doce años de su gestión, llevó á cabo el prodigio de duplicarlos, mediante la ciencia de sus especulaciones y empleo del dinero, de manera que se cubría el presupuesto sin comprometer jamás el patrimonio.

De este modo en los primeros tiempos se realizaron ganancias considerables jugando en Roma sobre los terrenos. Tomaba acciones de todas las empresas nuevas y arriesga-

ba jugadas sobre las de los molinos, los ómnibus y conducciones de agua, sin contar con un agio sostenido de acuerdo con una casa de banca católica, con el Banco de Roma.

Maravillado con tanta habilidad, el papa, que hasta entonces había especulado aparte, por medio de un negociante de su confianza apellidado Scorbini, despidió á éste y encargó á monseñor Folchi la administración de su caudal, puesto que tan bien administraba el del patrimonio de San Pedro y tanto lo hacía producir.

Aquella fué la época en que la privanza del prelado llegó á su apogeo. Los malos tiempos empezaron, el suelo erugía ya y el derrumbamiento iba á producirse con la celeridad del rayo.

Por desgracia una de las operaciones que solía hacer León XIII era la de prestar grandes sumas á los príncipes romanos que, impulsados por la fiebre del juego, comprometidos en los negocios de edificaciones y de compra de terrenos, necesitaban dinero.

Aquellos le daban en garantía acciones, y de tal manera sucedió esto, que cuando ocurrió la catástrofe, el papa no tenía entre las manos más que montones de papel sin ningún valor.

Por otra parte, hubo también la desastrosa tentativa de fundar una casa de banca en París con objeto de colocar entre la clientela aristocrática y religiosa el papel sobrante en Italia, y para cebo se dijo que el papa participaba del negocio, y lo peor de todo era que, efectivamente, debía comprometer en él tres millones.

En resumen, que la situación íbase haciendo tanto más crítica cuanto que poco á poco había ido comprometiendo todos los millones en la terrible partida de agio que se jugaba en Roma, bajo las ventanas de su Vaticano, tentado seguramente por los grandes beneficios que podrían obtenerse, animado también, tal vez, por la idea de reconquistar con el dinero la ciudad que le habían arrancado á la fuerza.

Su responsabilidad iba á ser completa, porque monseñor Folchi no emprendía jamás ningún negocio sin consultárselo previamente, y él debía ser el verdadero autor

de su desastre con su afán de ganar, con su deseo de proporcionar á la Iglesia la supremacía moderna de los grandes capitales; pero, como sucede siempre, el prelado fué el único responsable del desastre.

Era monseñor Folchi de carácter imperioso y áspero y los cardenales de la comisión, pareciéndoles que las sesiones era cosa completamente inútil, puesto que obraba como señor absoluto y no se reunía más que para enterarse de lo que buenamente querían darles á conocer de las operaciones que se realizaban.

Cuando estalló la catástrofe se urdió un complot y los cardenales aterraron al papa con las malas noticias que corrían y luego obligaron á monseñor Folchi á que rindiese cuentas delante de la comisión.

La situación era malsísima y las enormes pérdidas no podían evitarse. Monseñor Folchi cayó en desgracia y desde entonces en vano ha pedido una audiencia al papa, que constantemente se ha negado á recibirle, como para castigarle de la falta que cometieron entre los dos, de esa locura de lucro que á ambos les cegó; pero nunca se ha quejado, mostrándose muy piadoso, muy sumiso y guardando sus secretos é inclinándose ante la decisión papal.

Nadie puede decir con precisión á qué cantidad asciende la cifra de los millones que el patrimonio de San Pedro dejó en esa catástrofe de Roma, convertida en un centro de negocios sucios, y si hay alguien que dice que no pasa de diez millones, otros aseguran que llega á treinta. Es creíble que la pérdida ascendió á unos quince millones.

Después de las chuletas con tomate sirvió el mozo un pollito frito y Narciso terminó diciendo:

—¡Ah! Lo que es ahora el agujero está tapado. Os dije ya qué cantidades tan considerables había facilitado el dinero de San Pedro del que el papa es el único que regula el empleo y sabe á cuanto asciende...

Aparte de todo no se ha corregido y sé de buena tinta que sigue jugando aunque con más cautela, y á eso se reduce todo.

Su hombre de confianza es también hoy un prelado, creo que monseñor Marzolini, que es quien se cuida de sus negocios de interés.

¡Y qué diantre, amigo mío, hace bien! ¡Qué diablo, vivé con la época!

Hábele escuchado Pedro con creciente sorpresa á la que se mezclaba algo semejante á terror y tristeza. Todo aquello era muy natural, hasta legítimo; pero no se le había ocurrido nunca el pensar que pudiese existir, pues no soñaba más que con un pastor de almas muy alejado, colocado muy alto, y desprendido de todo cuidado temporal.

¡Y cómo! ¡Ese papa, ese padre espiritual de los míseros y de los que sufren había especulado y jugado sobre terrenos y valores de Bolsa! ¡Había jugado y colocado fondos en casas de banca de judíos, practicando la usura, hecho sudar intereses al dinero! ¡Ese sucesor de San Pedro, del Apóstol, Pontífice de Cristo, del Jesús del Evangelio y amigo divino de los pobres!

¡Y además qué contraste más doloroso; tantos millones allá arriba en las salas del Vaticano en el fondo de algún discreto mueble, tantos millones que producían, que trabajaban, colocados y vueltos á colocar en seguida para que produzcan más, del mismo modo que huevos de oro empollados con la ternura apasionada del avaro! ¡Y muy cerca, abajo, en aquellas inmundas casas sin concluir de los barrios nuevos, tanta miseria! ¡Tantas pobres gentes que se morían de hambre en medio de la más repugnante suciedad; las madres sin leche con que amamantar á los hijos; los hombres reducidos á la holganza por la huelga forzosa; los ancianos agonizando como bestias de carga á las que se mata cuando no sirven para el trabajo! ¡Ah! ¡Era posible que sucediese esto, Dios mío, Dios de caridad, Dios de amor!

Sin duda la Iglesia tiene necesidades materiales y no puede vivir sin dinero, y era un pensamiento prudente y de la más alta política ganarla un tesoro que la permitiese combatir victoriosamente á sus enemigos; mas, cuán repugnante é impulsivo era esto y el verla descender de su divina realeza para no ser más que un partido, una vasta asociación internacional que no tenía más objeto que el de conquistar y poseer el mundo.

Y Pedro se quedaba aún más asombrado ante lo extra-

ordinario de la aventura, ¿habíase imaginado un drama más inesperado y más lleno de atractivo?

Ese papa, que se encerraba estrechamente en su palacio, en una prisión, sin duda, pero en una prisión cuyas cien ventanas abríanse sobre la inmensidad; Roma, su campiña, las montañas colindantes; ese papa que desde su ventana á todas las horas del día y de la noche y durante todas las estaciones, abrazaba con una mirada y veía desarrollarse á sus pies su ciudad, la ciudad de que le habían despojado y cuya restitución exigía con un continuo lamento, ese papa que desde que habían dado comienzo los trabajos, asistió también día por día á todas las transformaciones que sufría su ciudad, á las aperturas de nuevas calles, al derribo de antiguos barrios, á la venta de los terrenos en los que por todas partes se levantaban nuevas edificaciones concluyendo por rodear con blanco cinturón todas las antiguas construcciones retostadas por el sol, y entonces ese papa, ante el espectáculo diario, ante esa furia de la edificación de que podía enterarse al levantarse y al acostarse, dominado á su vez por la pasión del juego que subía desde la ciudad entera, semejante á una embriagadora humareda, ese papa, desde la habitación en que permanecía estrictamente encerrado, primero jugó sobre el embellecimiento de su antigua capital, trató de enriquecerse con el movimiento de los negocios impulsado por ese gobierno italiano al que trataba de expoliador, y después perdió bruscamente unos cuantos millones en una catástrofe colosal que debió desear, pero que no previó.

No, jamás un rey destronado cedió á una sugestión tan singular, para comprometerse en una aventura más trágica, que le hería como un castigo. ¡Y no era un rey el que lo hacía, era el delegado de Dios, era Dios mismo, ante los ojos de la idólatra cristiandad!

Habíanse servido los postres, queso de cabra y frutas, y Narciso estaba concluyendo de desgranar un racimo de uvas, cuando levantando de pronto la cabeza, exclamó:

—Pues tenéis razón, querido; también veo yo esa sombra blanca detrás de los cristales, allá arriba, en la habitación del Santo Padre,

Pedro, que no separaba la mirada de la ventana, dijo con lentitud:

—Sí, había desaparecido y ahora ha vuelto á presentarse, y está detrás de los cristales blanca é inmóvil.

—¡Pardiez! ¿Y qué queréis que haga?—replicó Narciso con su aire lánguido y sin que se pudiese saber si se burlaba ó no.—Es como todo el mundo; mira por su ventana cuando quiere distraerse un poco, con tanto mayor motivo cuanto que tiene realmente mucho que contemplar y sin cansarse jamás.

Y era este hecho el que, apoderándose de Pedro, hacía que fuese en aumento la emoción que experimentaba. Hablaban de un Vaticano cerrado y se imaginó un palacio sombrío, rodeado de elevadas murallas, porque nadie había dicho y todo el mundo parecía ignorarlo, que aquel palacio dominaba á Roma y que desde su ventana el papa veía el mundo. Aquella inmensidad conocíala muy bien Pedro por haberla visto desde lo alto del Janículo, por volverla á ver desde las logias de Rafael y desde la cúpula de San Pedro. Y lo que León XIII veía en aquellos momentos, inmóvil y blanco tras los cristales, lo evocaba Pedro y lo veía con él.

En el centro del vasto desierto de la campiña, que limitaban los montes de la Sabina y los montes Albanos, veía León XIII las siete ilustres colinas, el Janículo, que coronaban los árboles de la villa Pamphini; el Aventino en la que no quedaban más que tres iglesias ocultas entre la fronda; el Celio más atrás y aun desierta y perfumada por los naranjos en fruto de la villa Mattei; el Palatino bordeado por una hilera de cipreses, crecidos allí como para adornar la tumba de los Césares; el Esquilino, en donde se elevaba el delgado campanario de Santa María la Mayor; el Viminal que se semejaba á una cantera despanzurrada con sus montones confusos y yesosos de nuevas construcciones; el Capitolio con su palacio de los senadores, apenas señalado por su cuadrada torre; el Quirinal en el que se levantaba el palacio del rey con su revoco de un amarillo chillón que resaltaba sobre el fondo verde obscuro de sus árboles.

Veía, además de Santa María la Mayor, todas las basili-

cas, San Juan de Letrán, cuna del papado, San Pablo extra muros, Santa Cruz de Jerusalén, Santa Ana y las cúpulas de Jesús, San Andrés del Valle, San Carlos, San Juan de los Florentinos y las cuatrocientas iglesias de Roma, que hacen de la ciudad un campo sagrado plantado de cruces.

Vea también los monumentos famosos, testigos del orgullo de los siglos, el fuerte de Santángelo, tumba de un emperador convertido en fortaleza papal; la línea blanca de los otros sepulcros de la vía Appia, allá abajo las minas esparcidas de las thermas de Caracalla, de la casa de Septimio Severo; columnas, pórticos, arcos de triunfo, después los palacios y villas de los fastuosos cardenales del Renacimiento, el palacio Farnesio, el palacio Borghese, la villa de Médicis y tantas otras en medio de un pulular de techos y fachadas; pero lo que veía bajo su misma ventana, hacia la izquierda, era la abominación del nuevo barrio, sin concluir de los Prados del Castillo.

Por la tarde, cuando se paseaba por sus jardines, que el muro levantado por León IV convierte en un bastión cercado de una ciudadela, podía ver el horrible valle que han devastado al pie del Monte Mario, para establecer ladrillerías en los momentos en que llegó á lo más álgida la furia de las construcciones.

Las verdes pendientes están despanzurradas, y zanjas profundas y amarillentas las cortan por todos lados, mientras que los hornos de ladrillo, hoy cerrados, no son más que lamentables ruinas con sus elevadas chimeneas muertas y de las que no sale nunca humo.

Y á cualquier otra hora del día, no podía acercarse á sus ventanas, sin tener ante los ojos el espectáculo de aquellas habitaciones abandonadas, para las que se habían fabricado tantos miles de ladrillos, aquellos edificios muertos antes de haber vivido y en los que no había á la hora presente más que la miseria bullidora de Roma, que se pudría allí como una descomposición de las sociedades antiguas.

Pero Pedro imaginábase sobre todo que León XIII, la sombra de allá arriba, acababa por olvidarse del resto de la ciudad, para hacer que sus meditaciones se fijasen en

el Palatino, sin corona entonces, y no levantando al cielo más que la de sus negros cipreses. Sin duda reedificaba con el pensamiento los palacios de los Césares, contemplaba como se levantaban grandes sombras todas ellas rojizas, vestidas de púrpura, sus venerables antepasados, los únicos que podían decirle cómo se gobernaban los pueblos obrando como señor y dueño del mundo.

Fijábanse sus miradas en el Quirinal y allí se absorbía durante horas enteras ante el espectáculo de la realeza de enfrente.

¡Qué contraste! ¡Qué encuentro más extraño el de esos dos palacios que se contemplaban, el Quirinal y el Vaticano, que dominan, que se alzan el uno enfrente del otro por cima de la Roma de la Edad Media y del Renacimiento, cuyos techos dorados y recocidos por el sol se apilan y confunden en las orillas del Tíber.

Con unos sencillos gemelos de teatro, papa y rey, podían verse claramente cuando se asomaban á su ventana.

No son más que puntos olvidables, perdidos en la extensión sin límites; ¡y qué abismo mediaba entre los dos, cuántos siglos de historia, cuántas generaciones que han sufrido y luchado, cuánta grandeza muerta y qué inminente para el porvenir! Se ven y están aún entregados á la lucha de saber para quién será el pueblo cuya oleada se agita bajo sus miradas; quién será su dueño soberano absoluto: si el Pontífice, pastor de almas, ó el rey, señor de cuerpos.

Y entonces se preguntó Pedro cuáles eran las reflexiones, las meditaciones de León XIII detrás de aquellos cristales, en los que creía continuamente ver presentarse su blanca figura de aparecido.

Ante la nueva Roma con sus antiguos barrios devastados, con los barrios nuevos derribados por un viento de desastre, debía indudablemente gozar viendo el colosal aborto del gobierno italiano. Le habían despojado de su ciudad y habían querido enseñarle como se creaba una gran capital yendo á parar, después de tantas pretensiones, á semejante catástrofe, á tantas inútiles edificaciones que ni siquiera se sabía de qué manera habían de concluirse.

No podía por menos de estar encantado de los apuros tremendos por qué había pasado el régimen usurpador, la crisis política, la crisis económica, un malestar nacional creciente tal y tan grande, que parecía amenazar con el hundimiento á aquel régimen, y sin embargo, ¿no tenía él mismo alma de patriota? ¿no era hijo amante de esa Italia cuyo genio y secular ambición circulaban por sus venas? ¡Ah! ¡No! ¡Nada contra Italia! ¡Al contrario, que volviese á ser la dominación del mundo!

Un dolor grande apoderábase de él en medio de la alegría de su esperanza, cuando la veía arruinada de ese modo, amenazada con la bancarrota, mostrando esa Roma trastornada y sin concluir, que era como una confesión de su impotencia. Pero si la dinastía de Saboya desaparecía un día, ¿no estaba él allí para reemplazarla y entrar al fin en posesión otra vez de la ciudad, que hacía quince años no veía más que desde su ventana, presa de los demolidores y de los albañiles? Volvería á ser el dueño, reinando sobre el mundo desde la ciudad predestinada á la que las profecías habían asegurado la eternidad y la universal dominación.

Y el horizonte se ensanchaba y Pedro se preguntó qué era lo que veía León XIII por cima de Roma, más allá de la campiña romana, de los montes Sabinos y los montes Albanos, en la cristiandad entera.

Puesto que estaba encerrado en su Vaticano desde hacía dieciocho años, puesto que no tenía en el mundo más abertura que la del hueco de su ventana, ¿qué veía desde allí arriba, qué ecos, qué verdades y qué certidumbres llegaban hasta él de nuestras modernas sociedades?

Algunas veces, desde las alturas del Viminal, en donde se encuentra la estación, deberían llegar hasta él prolongados silbidos de la locomotora; aquella era nuestra civilización científica, los pueblos que se aproximan, la humanidad libre marchando al porvenir.

¿Soñaba él también con la libertad, cuando volviendo la vista hacia la izquierda admiraba el mar allá abajo, al otro lado de las tumbas de la vía Appia? ¿Habría querido alguna vez marcharse, abandonar la Roma de su tradición

para fundar en otra parte el papado de las nuevas democracias?

Puesto que decían que tenía un talento tan claro, tan penetrante, habría debido comprender, habría debido temblar al enterarse de los rumores lejanos que llegaban hasta él, desde ciertos países de lucha, de América, por ejemplo, en donde obispos revolucionarios trabajaban para conquistar al pueblo. ¿Era para él ó para ellos para quien trabajaban?

Si no podía seguirles, si se enteraba en encerrarse en su Vaticano, atado por todos lados por el dogma y la tradición, ¿no era de temer que llegase un día en que se impusiese la ruptura de relaciones? Y la amenaza de un viento de cisma soplando desde lejos, le pasaba sobre su cara llenándole de una angustia creciente.

Era por eso mismo por lo que se había convertido en el diplomático de la conciliación, queriendo reunir en su mano todas las fuerzas dispersas de la Iglesia, cerrando los ojos sobre las audacias de ciertos obispos, tanto como se lo permitía la tolerancia, esforzándose él mismo para conquistar el pueblo, poniéndose á su lado contra las monarquías caídas.

¿Iría más lejos? ¿No se encontraba encerrado tras la puerta de bronce, en ese Vaticano, dentro de la estricta fórmula católica á que le encadenan los siglos? La obstinación era fatal y le sería imposible resignarse á su fuerza real y todopoderosa, á ese poder puramente espiritual, á esa autoridad moral del más allá que llevaba la humanidad á sus pies y que hacía arrodillar á las peregrinaciones y desmayarse á las mujeres. Abandonar á Roma, renunciar al poder temporal, era cambiar el centro del mundo católico, sería no ser más lo que era, jefe del catolicismo, sino otro jefe de otra cosa.

¡Y qué pensamientos inquietos se le ocurrirían en aquella ventana, si el viento de la tarde alguna vez le llevaba la vaga imagen de esa otra, la pavorosa de la religión nueva confusa aun, que se elaboraba en el sordo pisar de las naciones en marcha, y cuyos ruidos llegaban hasta él desde todos los puntos del horizonte!

Comprendió Pedro en aquel momento que, detrás de

los cristales cerrados, la sombra blanca, la sombra inmóvil, sólo se sostenía en pie por el orgullo, por la continua certidumbre de vencer.

Si los hombres no bastaban intervendría el milagro.

Tenía la absoluta convicción de que volvería á entrar en posesión de Roma, y que si esto no lo hacía él, sería su sucesor el que lo lograra.

La Iglesia, con su indomable voluntad de vivir, ¿no tenía la eternidad delante de ella? ¿Y por qué no él? ¿Era que Dios no podía lo imposible?

Mañana, si Dios lo quería, á pesar de todos los razonamientos humanos, á pesar de la apariencia de lógica de los hechos, sería devuelta la ciudad con motivo de cualquier brusco cambio de la Historia. ¡Ah! ¡Qué fiesta para recibir á aquella hija pródiga, cuyas equívocas aventuras siguió siempre con sus ojos paternales humedecidos por las lágrimas!

Olvidaría los desbordamientos á los cuales había asistido durante dieciocho años, á todas las horas y durante todas las estaciones.

Tal vez soñaba en lo que haría en aquellos barrios nuevos con que la mancharon, ¿los derribaría ó los dejaría tal cual estaban, como el testimonio de la demencia de los usurpadores?

Volvería á ser la ciudad augusta y muerta, desdénosa de los vanos cuidados de la limpieza y de la comodidad material, resplandeciendo sobre el mundo semejante á un alma pura con la gloria tradicional de los siglos pasados.

Y su sueño continuaba, imaginando de qué modo iban á pasar las cosas al día siguiente, sin duda.

Todo era preferible á la casa de Sáboya, todo, incluso una república. ¿Por qué no una república federativa que hiciera pedazos á Italia; con arreglo á la antigua y abolida división, lo que haría que le restituyesen á Roma y que le escogiesen como protector natural del Estado así reconstituído?

Después sus miradas se extendían más allá de Roma, más allá de Italia; su sueño se agrandaba, seguía agrandándose y englobaba á Francia republicana, España que

podía volver á serlo; Austria, que algún día sería conquistada; todas las naciones católicas convertidas en los Estados Unidos de Europa, pacificados y fraternizando bajo la elevada presidencia del Soberano Pontífice.

Después, en el triunfo supremo, eran las otras Iglesias las que desaparecían; todos los pueblos disidentes que iban á él como pastor único, Jesús que reinaba en su persona, sobre la democracia universal.

Pedro bruscamente vióse interrumpido en ese ensueño que adaptaba á León XIII.

—¡Oh! ¡Mirad, querido,—dijo Narciso,—el tono de color de las estatuas, allí en la columnata!

Había mandado que le sirviesen una taza de café y fumaba lánguidamente un cigarro, entregándose á sus únicas meditaciones de estético refinado.

—Miradlas: son de color de rosa, pero de un rosa que tira al rojo, como si la sangre azul de los ángeles circulase por sus venas de piedra... Es el sol de Roma, ese amigo mío, que les da esa vida supraterrrestre, por qué viven, las he visto yo sonreír y tenderme los brazos en ciertos hermosos crepúsculos... ¡Ah! ¡Roma! ¡Roma maravillosa y deliciosa! ¡Aquí se vivirá del aire del tiempo, tan pobre como Job, con la continua alegría de respirar el encanto!

Aquella vez no pudo Pedro por menos de sorprenderse al recordar su voz tan clara, su espíritu de hacendista tan preciso y acertado. Y su pensamiento volvió á los Prados del Castillo y una tristeza horrible le oprimió el corazón ante esa última evocación de tanta miseria y de tanto sufrimiento.

Vea otra vez la inmundicia suciedad en que tantas criaturas echábanse á perder; vea esa abominable injusticia social que condena al mayor número á una existencia de bestias malditas sin alegría y sin pan.

Y como sus miradas se fijasen aún en las ventanas del Vaticano, pensó, creyendo ver levantarse una mano pálida detrás de los cristales, en aquella bendición papal que León XIII daba desde tan alto, por encima de Roma, por cima de la campiña y de los montes, á los fieles de la cristiandad entera. Y esa bendición presentósele de pron-

o irrisoria é impotente, puesto que á pesar de haber pasado tantos siglos no había podido suprimir ni uno sólo de los dolores de la humanidad, y ni siquiera hacer un poco de justicia á los miserables, á los desdichados, que agonizaban allá abajo al pie de su ventana.

FIN DEL TOMO PRIMERO

Obras de Guy de Maupassant

El Buen Mozo	El Testamento
La señorita Perla	La Loca
La Criada de la Granja	El Abandonado
Berta	Miss Harriet
abajo el sol de Africa	Inútil belleza
	El suicidio del Cura

Obras de Víctor Hugo

Los trabajadores del mar	El noventa y tres
Nuestra Señora de París	El hombre que ríe
	Han de Islandia ó el hombre fiera

